

LOS ASEDIOS DE BADAJOZ DESDE LA CARTOGRAFÍA

CARLOS SÁNCHEZ RUBIO

Diplomado en Biblioteconomía y Documentación

INTRODUCCIÓN

En este trabajo vamos a realizar un recorrido por la historia de los cuatro asedios de Badajoz de 1812 y 1811, utilizando para ello la abundante documentación cartográfica contemporánea existente. Los entendidos militares habrán de perdonarnos una cierta simplificación en los términos y movimientos de tropas, en aras de un mejor entendimiento. Desde este momento pido perdón si se simplifica en exceso para una mejor comprensión de los hechos.

Nuestro relato se circunscribe a los cuatro asedios que la ciudad de Badajoz tuvo que soportar durante el corto lapso de tiempo que va desde enero de 1811, en que es asediada y finalmente tomada por las tropas imperiales francesas bajo el mando supremo del mariscal Nicolás Jean de Dieu Soult, duque de Dalmacia, hasta abril de 1812, cuando es tomada tras un cruento asalto por las tropas aliadas luso-británicas a las órdenes del futuro Lord Wellington.

Me interesa mucho, sin embargo, resaltar los dos asedios producidos entre ambos episodios, poco estudiados y mínimamente valorados. En mi opinión, muchos de los excesos cometidos por los británicos tras la toma de 1812 se explican por la rabia acumulada en los fracasos estrepitosos del año anterior. El primero de ellos bajo el mando del general Beresford y el segundo comandado por Wellington en persona, separados ambos por la sangrienta Batalla de La Albuera acaecida el 16 de mayo de 1811.

Pero antes de introducirnos en el tema, debemos ofrecer una pequeña explicación de la importancia de la cartografía y su utilización simbólica.

LA CARTOGRAFÍA, INFORMACIÓN Y PROPAGANDA

Es deber de la cartografía ofrecer la información necesaria para comprender en su totalidad el hecho representado. Pero como explica Bonet Correa *«la cartografía no es un conocimiento puramente científico y desinteresado»*¹, es decir, siempre se está expuesto a los peligros de una utilización propagandística más o menos consciente. Este doble aspecto de la cartografía: información y propaganda, están íntimamente ligados.

El propio Maquiavelo ya advertía en sus consejos a los príncipes gobernantes, que *«el príncipe que no sea experto en topografía carece de la primera cualidad necesaria en un general, porque enseña cómo encontrar al enemigo, escoger los campamentos, conducir a los ejércitos, planear las batallas y sitiarse con éxito las ciudades.»*²

Es decir, se representa el terreno por el que deben transitar y moverse ejércitos con sus impedimentos, el territorio donde poder abastecerse, pero también plazas fuertes y ciudades con su territorio circundante y sus elementos defensivos para poder planificar adecuadamente su protección o conquista

Para un gobernante, es muy importante no solo organizar bien las defensas de su reino, sino también conocer con exactitud cuántas fortalezas tiene el enemigo, dónde y de qué forma.

Pero esa información tan valiosa es susceptible de caer en manos enemigas, que termina por conocer las defensas y su estado real. Por eso, en numerosas ocasiones la producción cartográfica ha sido considerada como un secreto de estado. De aquí se deduce que el estamento militar, históricamente uno de los mayores «consumidores» de cartografía y, por tanto, sus mayores impulsores y desarrolladores, es en numerosos países el organismo encargado de la confección de la cartografía oficial.

Pero los mapas y planos, como las noticias, nunca son imparciales ni libres de valores. Los mapas no sólo informan a un público lejano, pero ávido de novedades, sino que ayudan a difundir las ideas políticas imperantes y así crear estados de opinión favorables en la población, pese a los sacrificios de vidas humanas y recursos que cualquier campaña bélica conlleva.

La cartografía además puede funcionar como un medio de comunicación más idóneo para ofrecer una información mucho más accesible para capas más amplias de la población. No se dirige como los libros sólo a un público lector y más culto. Por eso, para poder hacer llegar las victorias militares a todos los niveles de la población, los gobiernos se mostraron muy interesados en publicar mapas y planos que informaran convenientemente del desarrollo de las operaciones militares. Para ello apoyaron a editores cercanos al poder o editaron ellos mismos dichos documentos cartográficos.

Atención a la palabra convenientemente. En numerosas ocasiones eso conlleva que la propaganda se imponga a la información hasta el caso extremo de que un hecho se silencie por ser demasiado adverso a los intereses propios, independientemente de su importancia intrínseca.

Es decir, se tiende a difundir entre la población los acontecimientos favorables, y se silencian las derrotas, asedios fallidos o plazas perdidas; o como mucho se imprimen para su estudio, para no volver a cometer los mismos errores.

Dos casos extremos de esta afirmación pueden ser la batalla del Gévora, en la que una derrota estrepitosa del ejército español sólo aparece en un documento impreso (del bando francés vencedor, claro), aunque conocemos la existencia de otros dos manuscritos, uno español y otro británico³.

Y el caso paradigmático de utilización propagandística de la cartografía es la batalla de la Albuera. ¿Quién fue el ganador de esta batalla? Según ambos bandos, ellos. Por eso las dos partes publicitaron su victoria de manera decidida. Es por esta razón por la que resulta relativamente sencillo encontrar planos y documentos cartográficos, tanto franceses como británicos o españoles, de aquel hecho, explicando las circunstancias del enfrentamiento, el orden de batalla y los movimientos de los ejércitos.

Si aplicamos dicho razonamiento al caso de los asedios de Badajoz, llegamos a una conclusión inevitable. El asedio francés de 1811 y los dos primeros asedios aliados de aquel mismo año están representados fundamentalmente en planos de origen y/o autoría francesa, el bando vencedor en los mencionados enfrentamientos.



Lallemand - Plan du Siège de Badajoz. 4 Gatos.

¿Y del asedio británico de 1812 que acabó con la toma de la ciudad por parte británica? Pues lógicamente la mayoría de los mapas y planos existentes son británicos y españoles. Por tanto, podemos concluir que tan valioso es para el autor o editor del plano la simple transmisión de un hecho informativo, en nuestro caso el desarrollo de un asedio, como crear un estado de opinión favorable, mostrar el poderío militar propio o levantar la moral de su población mostrando las victorias del propio bando y silenciando las derrotas.

Por otra parte, hay aún otro tipo de plano que nos interesa resaltar, el de utilización estrictamente militar, no destinado a su difusión. *«un mapa sirve para que el estratega pueda mover sus tropas sobre un campo como si éste ya se hubiera frecuentado previamente. Para el asalto y la conquista de una plaza fuerte es necesario saber cuáles son sus partes interiores, el grosor de sus muros y sus puntos más endebles. Para las retiradas estratégicas es también indispensable conocer los lugares recónditos, los repechos y repliegues del terreno, con el fin de enmascarar y salvaguardar la huida.»*⁴

Un buen ejemplo de este tipo es el plano de Domingo Luis del Valle posterior a la toma de Badajoz de 1812⁵. Es un documento no destinado a su publicación, sino elaborado únicamente como herramienta de trabajo para militares e ingenieros con el fin de evaluar los destrozos provocados por el sitio y proponer soluciones, evaluando simultáneamente los costes de algunas de estas soluciones.

Otro ejemplo de utilización reservada de los documentos cartográficos militares es la serie que se conserva en el Servicio Histórico de la Defensa del Ejército francés, en el Castillo de Vincennes (París), donada por el propio Soult tras la contienda, y en el que se incluyen planos manuscritos utilizados por el mariscal para la planificación de sus campañas en Extremadura⁶.

No vamos a exponer en este breve trabajo aquí un listado exhaustivo de planos que reflejen los asedios de Badajoz. Es absurdo y siempre incompleto, pues constantemente aparecen nuevos documentos gráficos que habían pasado hasta ahora inadvertidos, cada día se digitalizan más colecciones y se ponen en línea, facilitando su localización.

Nuestra intención es servirnos de algunos de ellos para explicar el desarrollo de las acciones militares, por lo que utilizaremos aquellos que mejor y más fielmente representen los hechos históricos.

Así pues, comencemos la historia de los asedios.

El asedio francés de 1811

Para seguir la evolución de este asedio utilizaremos el plano publicado por el General Lamare: *Plan du Siège de Badajoz par les Français en 1811*⁷. Destacan en este plano la claridad expositiva y la riqueza de los datos que aporta, por lo que merece la pena tomar este plano como base para observar el desarrollo del asedio francés sobre Badajoz. Es de resaltar también los planos dibujados por Manuel de Ynza⁸, que aunque dibujado por un español adopta el punto de vista francés, el anónimo conservado en la Bibliothèque nationale de France⁹ o el publicado por Alexis Barriere¹⁰.

El 26 de enero de 1811 el ejército francés, bajo el mando del Mariscal Soult, llegó ante la vista de Badajoz por los caminos de La Albuera y Olivenza, tras haber tomado previamente esta última población.

A partir del día 28 se comenzaron las obras de asedio con el inicio de la excavación de las trincheras en tres puntos diferentes, denominados los ataques de la Derecha (desde el cerro de San Miguel), del Centro (a partir del río Calamón en el camino de Valverde) y de la Izquierda (desde el cerro del Viento). Días después los ataques del Centro y la Izquierda se unirían en uno sólo, que sería también el definitivo, pues el de la derecha fue finalmente abandonado.

Los defensores españoles y portugueses, mientras tanto, a la vista de los acontecimientos, reforzaron la comunicación con el fortín de la Picuriña (nº 13 en el plano de Lamare) y construyeron baterías de defensa adicionales tanto en el revellín de San Roque (nº 14), como en la cortina entre los baluartes 4 y 5 (San Juan y San

Roque) para defender el fuerte de Pardaleras, donde además se realizaron otras obras de defensa.

Los defensores comenzaron a efectuar también las denominadas *salidas*, para sorprender y desbaratar las obras de asedio e intentar inutilizar las piezas de artillería. La primera que tuvo algún éxito fue la tercera, realizada el 31 de enero contra el Cerro del Viento. Aquel día murió el Jefe de Batallón Cazin que dirigía todos los trabajos del sitio. La dirección de las obras recayó ahora precisamente en Lamare. En cualquier caso, hay que tener en cuenta que estas *salidas* conseguían como mucho entorpecer y ralentizar el avance de las obras de asedio, pero en ningún caso lo detenían más que por unas pocas horas.

Sin embargo, dos de los elementos que sí obstaculizaron el progreso del asedio fueron, por un lado, las malas condiciones meteorológicas de aquellos días, con abundantes y fuertes aguaceros –hay que tener en cuenta que el asedio se comenzó en mitad del invierno– que inundaban las trincheras y las convertían en puro barro, obligando a rehacerlas constantemente, con el consecuente sobreesfuerzo de los trabajadores. Por otra parte, la falta de recursos y aprovisionamiento de víveres añadían una nueva dificultad a los trabajos.

Poco a poco los sitiadores, durante la primera semana, consiguieron asegurar su posición a unos 1.000 metros de la muralla y comenzar a poner en servicio las primeras baterías artilleras C, B, D (de los Granaderos) y E (de Cazin), así como las de morteros F y G. Se fue descubriendo paulatinamente el objetivo de los imperiales, que no era otro que el Fuerte de Pardaleras.

Mientras tanto, el día 6 de febrero llegó a la ciudad el ejército de socorro de Mendizábal, de unos 12.000 hombres que, aunque llegó a entrar en la ciudad, hubo de establecerse finalmente en las alturas de Santa Engracia, algo alejados del fuerte de San Cristóbal por ser molestados por la batería francesa situada en K.

Finalmente, la noche del 11 de febrero, los franceses, tras bombardear Pardaleras con las nuevas baterías H y L estaban en disposición de intentar su asalto. Casi 500 hombres, entre granaderos, tiradores y zapadores se lanzaron a su conquista que finalmente consiguieron gracias a un golpe de suerte tras equivocarse el camino. Una vez conquistado, aquella misma noche se atrincheró la gola del fuerte, para resistir cualquier posible contraataque, que no llegó a producirse.

Pero el fuego de los defensores de la ciudad fue tan intenso, que tampoco los franceses pudieron utilizar cómodamente el fuerte, utilizándolo sobre todo como apoyo para continuar con el progreso de las trincheras. Efectivamente, los franceses, tras la toma de Pardaleras, disfrutaban de terreno «libre» para acercarse hacia la plaza con la segunda paralela, construyendo nuevas baterías en R y S para atacar los baluartes de Santiago y San Juan, el objetivo cada vez más claro.

La finalidad última de todas las obras de aproximación era poder llegar a la media luna situada entre ambos baluartes para establecer allí la verdadera batería de asedio, encargada de abrir una brecha en la cortina entre ambos baluartes.

Pero antes de ello, tuvo lugar la batalla de Santa Engracia o del Gévora, como aparece en el Arco del Triunfo de París junto a los nombres de Badajoz y Medellín; esta batalla tiene en los autores españoles los calificativos de «desgraciada acción», «jornada funesta» o incluso «atroz desastre» para Gómez Villafranca

No vamos a ocuparnos en este texto del desarrollo de la batalla. Muy esquemáticamente, diremos que los franceses cruzaron el Guadiana por la noche y, en un movimiento envolvente, sorprendieron a los españoles, que tan solo tuvieron tiempo de formar apresuradamente cuadros de defensa, muy útiles ante un ataque de caballería, pero totalmente ineficaces ante la acción combinada de artillería, infantería y caballería, como en este caso.

Finalmente, las tropas españolas se desperdigaron por las poblaciones portuguesas cercanas o se refugiaron en Badajoz, con una pérdida enorme de hombres, armas y pertrechos

Poco a poco, metro a metro, como se muestra en los planos, siempre trabajando de noche para evitar en lo posible los fuegos defensivos de la plaza, las trincheras y baterías francesas fueron tomando forma en las cercanías de los baluartes de Santiago y San Juan, estableciéndose dos nuevas baterías en los puntos señalados Y y Z, a ambos lados del fuerte de Pardaleras.

A pesar de todo, la guarnición de la plaza no cesó de efectuar salidas, normalmente con escaso éxito, aunque en ocasiones ponían en verdaderos aprietos a los sitiadores. Y fue en una de estas salidas cuando un inesperado y casi definitivo revés sacudió de nuevo a los defensores. La muerte del general Menacho, primera autoridad de la plaza, supuso un fuerte golpe principalmente a la moral de la guarnición defensora de Badajoz. En palabras de Lamare: «*Menacho, desde que empezó el sitio se mostró digno, por una actividad y una obstinación heroicas, de seguir las huellas de los más célebres gobernadores que recuerda la historia.*»¹¹

Mientras tanto, los franceses estaban ya tan cerca de los muros de la fortificación que pudieron establecer una primera batería de brecha (b), denominada Napoleón, con seis piezas de 24 libras de calibre (que lanzan proyectiles de unos 11 kilos de peso en cada disparo).

A los defensores no les quedaba más salida que seguir disparando todo tipo de municiones contra las baterías e intentar limpiar de escombros el pie de las murallas para impedir que la brecha fuera practicable, es decir, que la infantería enemiga pudiera intentar una entrada a viva fuerza por ella. Como prueba de la intensidad de los combates, Lamare apunta el dato de que algunos días, el total de disparos por ambos bandos, contando únicamente la artillería, es decir, sin los fuegos de fusilería, llegó a los 4.000 proyectiles de todos los tipos y calibres, lo que hace un disparo cada pocos segundos.

Finalmente, el día 10 de marzo, la cortina de la muralla entre los baluartes de Santiago y San Juan presentaba una brecha practicable de unos 25 a 30 metros de longitud, que además fue ensanchada aún más a lo largo de ese día. El asalto de las

tropas de élite francesas era inminente. Incluso el mariscal Soult lo fijó para las cuatro de la tarde de ese día y las tropas francesas comenzaron a prepararse y a disponerse en el orden de ataque; pero antes Soult hizo llegar a Imaz, el sucesor de Menacho, una última propuesta de rendición de la plaza. El gobernador Imaz convocó una reunión con los altos mandos de los diferentes regimientos y armas presentes en la plaza y les expuso los términos de la propuesta de rendición.

Hubo en aquella junta dos posturas radicalmente enfrentadas. Por un lado se encontraban los que opinaban que la guarnición y la población civil ya habían realizado todo lo que estaba en su mano para defender la ciudad, y que la gran brecha abierta en la muralla hacía imposible una defensa adecuada. Sirva de ejemplo la opinión del comandante del batallón de La Serena, coronel Juan Campos: «*Hallándose la brecha con más de 30 varas accesibles, la corta guarnición bien fatigada y no haber probabilidad de socorro en 7 u 8 días, porque no es fácil defender esta Plaza, es mi dictamen que concediendo una capitulación honrosa debe tratarse, cuando no tenemos esperanzas que nos puedan auxiliar.*»¹²

En el otro bando se integraban las posturas que sostenían que aún se podía defender la plaza, confiando en la pronta llegada de auxilios, y que la guarnición no debía rendirse sin probar, al menos, a defender un intento de asalto francés. El voto que ejemplifica esta postura es el del comandante de artillería de la plaza, Joaquín Caamaño y Pardo:

«*No teniendo el enemigo apagado aún los fuegos de la Plaza, estando en estado de defensa los flancos que baten la subida de la brecha, y estando minada y prontos los barriles de brecha y cubierta su entrada por el parapeto que se formó anoche, soy de dictamen, [...] el que se pruebe un asalto, o el abrirnos paso para unirnos al cuerpo más inmediato o a Plazas vecinas.*»¹³

Finalmente, y contra la opinión del propio Imaz, «*soy de parecer que a fuerza de valor y constancia se defienda la Plaza hasta perder la vida*», el resultado de la votación fue mayoritario a favor de la rendición, y con tal finalidad se comisionó al brigadier Rafael Horé, teniente coronel del Regimiento del Príncipe, para negociar las cláusulas de la entrega de la plaza. Definitivamente, a las 8 y media de la tarde se firmó la capitulación de Badajoz.

Se ha discutido mucho, casi desde el mismo momento en que se produjo, acerca de la rendición de Badajoz. En opinión de Joaquín Caamaño, uno de los partidarios de seguir defendiendo la ciudad, «*se entregó la Plaza precisamente cuando debía empezar a ser brillante su defensa.*»¹⁴

Como resumen sucinto del asedio, Manuel de Ynza, en su plano manuscrito conservado en el Centro Geográfico del Ejército, anota en la leyenda del documento:

«*Esta plaza se rindió el día 10 de marzo de 1811, después de 45 días de trinchera abierta. Durante este tiempo el sitiado tiró más de 36.000 tiros y el sitiador unos 17.000 a 18.000, de los cuales 2.000 se dispararon en la Batería de Brecha.*»

PRIMER ASEDIO ALIADO. ABRIL-MAYO DE 1811.

Para el seguimiento de este y el siguiente asedio utilizaremos el plano que Lamare incluye en su obra, ya que, como hemos indicado anteriormente, son los documentos cartográficos más exactos y fieles a los hechos.

Tan pronto como Badajoz fue ocupada por las tropas francesas, toda la plaza se puso bajo el mando del general Armand Philippon, mientras que el coronel Lamare asumió la dirección de las fortificaciones. Las tropas imperiales encontraron una Badajoz bien surtida de municiones y armamento de diversos calibres, hasta las 170 piezas artilleras.



Baclesse - Défense de Badajoz. 4 Gatos.

Desde el primer momento, se comenzó a destruir los trabajos realizados durante las obras del sitio, por parte de los mismos trabajadores de ingenieros e infantería que las habían ejecutado. La brecha de la muralla se cerró y las trincheras, aproches y baterías fueron arruinadas, para impedir su hipotética reutilización por el ejército combinado hispano-luso-británico que se acercaba.

Afortunadamente para la guarnición francesa, el despliegue del ejército aliado para efectuar un nuevo asedio a Badajoz bajo el mando en esta ocasión del general Beresford, distó mucho de ser modélico. Hubo de construirse un puente de barcas en Juromenha (puesto que los dos únicos puentes sobre el Guadiana en esta zona, el de Badajoz y el de Mérida, estaban en poder francés)

El día 30 de marzo se comenzaron las obras del puente y el 3 de abril estaba terminado, pero esa misma noche el río Guadiana experimentó una fuerte crecida que inutilizó totalmente el puente. Hasta el día 5 no pudieron comenzar a pasar las tropas a la otra orilla del río, operación que concluyó penosamente dos días más tarde. Esta

tardanza en el paso del río mereció la diatriba, no exenta de burla, del anónimo redactor de una Crítica reservada para guardarse, fechada el 8 de abril, en la que se indica que

«...han empleado las cinco barcas que se sacaron de Badajoz y estaban en Elvas, con las cuales y otras que vinieron de Inglaterra muy primorosas, aunque más útiles para adorno de un gabinete que para el paso de un río como éste, creyeron era suficiente puente, y el resultado ha sido que no alcanzaba de una a otra orilla. [...] es verdad que ha llovido y llueve mucho, con lo que ha subido bastante el río; pero no han faltado chapucerías y falta de previsión y otros defectos, que si hubieran sido cometidos por españoles ¡pobres de nosotros!; todo el mundo nos hubiera quitado el pellejo.»¹⁵

Además, para facilitar aún más las cosas a la guarnición francesa de Badajoz, las tropas aliadas se detuvieron otros ocho días asediando la plaza de Olivenza.

Para atacar la ciudad de Badajoz, el sector suroeste de la fortificación (los baluartes 1, 2 y 3; o de San Vicente, San José y Santiago) debía ser, en teoría, el más accesible, por ser el área más expuesta, como ya habían demostrado los propios franceses. Además, la falta de tiempo había impedido a la nueva guarnición de la ciudad reforzar convenientemente esta zona. Por tanto, y con el objetivo de paliar esas deficiencias, Lamare, como director de las fortificaciones de la ciudad, ordenó excavar tres galerías de minas a partir de la contraescarpa de la muralla en ese sector y en dirección al glacis, desde las que, a su vez, partirían ramales donde se colocaron potentes minas, como se puede observar en su plano de este asedio. Este sistema tuvo *«el efecto moral que debía esperarse de él; no se tardó apenas en disponer una serie de minas defensivas, asegurándose tanto la perfección y la extensión del sistema adoptado, que los anglo-portugueses, en cuanto se enteraron, no se atrevieron (según se supo después) a atacar la plaza por este lado»¹⁶*, pues la situación exacta de las minas era desconocida para los sitiadores y, por tanto, se hubiera convertido en un motivo continuo de inquietud. Además se construyeron pozos de minas en los tres baluartes señalados, para volarlos si la guarnición se veía obligada a abandonarlos precipitadamente.

Así pues, Beresford se encontró con una fortificación más perfeccionada y reforzada de lo que esperaba y tuvo que optar por atacar la ciudad principalmente desde la orilla derecha del Guadiana, dirigiendo sus ataques contra el fuerte de San Cristóbal y la Alcazaba.

Como el mando británico era consciente de que Soult, en cuanto tuviera noticias del comienzo del asedio, se pondría en marcha desde Sevilla para auxiliar a Phillipon, se autorizó a Beresford salir a su encuentro, sugiriendo Wellington como el lugar adecuado para el posible enfrentamiento los terrenos cercanos a La Albuera.

Aunque las operaciones preliminares del sitio a Badajoz comenzaron el día 25 de abril, las fuertes lluvias y una nueva crecida del Guadiana impidieron que hasta la noche del 8 de mayo no se comenzaran a excavar las trincheras, en tres sectores completamente diferentes de la fortaleza, señalados por Lamare en G, D y H.

Tres días después, el 11 de mayo, las baterías aliadas abrieron fuego contra sus objetivos principales: San Cristóbal, la Alcazaba y la Picuriña. Poco después entro en servicio una nueva batería, nombrada como L, dirigida hacia el sector oeste de la ciudad y el fortín de la Cabeza del Puente. Pero las piezas artilleras de las que disponían los atacantes no les inspiraban ninguna confianza ni a ellos mismos: había cañones británicos conformes a las ordenanzas –y por tanto con la munición reglamentaria– junto con piezas de origen portugués, de calibres no reglamentarios, procedentes de diferentes fortalezas y castillos de la zona, e incluso algunas piezas del siglo XVII.

Sólo un par de días después, cuando 1.500 hombres habían comenzado a excavar una paralela desde el camino de Talavera hasta el Guadiana, se recibieron las esperadas noticias de la llegada del ejército francés de Soult a Llerena. Beresford ordenó inmediatamente el levantamiento del sitio y dio instrucciones para transportar todo el tren de asedio, incluyendo los pertrechos y artillería, hasta Elvas, destruyendo *«todo lo que no se pudiese llevar»*, antes de ponerse en camino hacia La Albuera para salir al encuentro de Soult, donde tuvo lugar la batalla del mismo nombre.

De acuerdo con lo expresado por Lamare, aunque no tuvieron noticias ciertas del levantamiento del asedio, *«la consternación y el abatimiento de los principales habitantes, que nos eran contrarios, acabaron aún más por asegurarnos esta opinión.»*¹⁷

Al día siguiente, el 16 de mayo, mientras a unos 20 km se desarrollaba una de las grandes batallas de toda la Guerra de la Independencia Española, los franceses de la guarnición de Badajoz se dedicaron a destruir todas las obras de los sitiadores, pues ya no quedaban tropas que oponérseles. Pese a la cercanía a La Albuera, la guarnición no tuvo noticias ciertas sobre los movimientos de las tropas ni sobre la batalla en sí, pese al estruendo de los cañones, pues el viento del noroeste alejó el ruido de las 80 piezas artilleras y 60.000 combatientes.

Terminó de esta forma el segundo de los cuatro asedios a la ciudad de Badajoz, aunque en realidad éste casi no alcanzó dicha categoría. Si bien es verdad que la ciudad llegó a estar bloqueada y, por tanto, sitiada, no hubo un fuego intenso de artillería, ni brechas abiertas en los muros de la fortificación, ni un intento de asalto. Fue más bien una tentativa de asedio, un ensayo general de los dos posteriores asedios aliados.

SEGUNDO ASEDIO ALIADO. MAYO-JUNIO DE 1811.

Para realizar el seguimiento de este segundo asedio, utilizaremos de nuevo el plano incluido en el libro del Coronel Lamare. Hay que destacar que no hemos podido localizar ni un solo documento cartográfico de éste o del anterior asedio realizado por el bando británico, tan dado a realzar las acciones militares victoriosas de sus ejércitos y tan escueto en las derrotas. Ni siquiera en los Archivos Nacionales del Reino Unido existe referencia alguna a documentación gráfica sobre este particular.

Ésta es una de las razones que hacen que se trate del más desconocido de los asedios de Badajoz durante estos años. Sin embargo, el conocimiento de lo sucedido en éste puede ayudar a explicar y comprender (pero nunca aceptar) muchos de los comportamientos de los soldados británicos tras el siguiente asedio de 1812.

Tras la batalla de La Albuera, aún habrían de pasar cuatro días, hasta el 20 de mayo, para que las tropas británicas, que formarían el grueso fundamental del ejército sitiador, aparecieran de nuevo ante las murallas de Badajoz. En este tiempo, la guarnición no había cesado de trabajar para, por un lado, deshacer las obras del asedio precedente y, por otro, colocar a la plaza en el mejor estado de defensa posible. Todas las paralelas excavadas en el sitio anterior se habían rellenado y las obras de asedio efectuadas habían sido deshechas y destruidas completamente, por lo que los aliados tendrían que comenzar de nuevo todo el cerco.

En esta ocasión, lo dirigiría en persona Arthur Wellesley, el futuro Lord Wellington, que contaba con un plazo de tiempo incierto, pero muy escaso, para la toma de la ciudad. A las tropas de Soult se le añadirían los refuerzos de los generales franceses Drouet y Marmont. Wellington además seguía teniendo el problema de la deficiente dotación de su ejército en armas pesadas y en experiencia de sus ingenieros militares, pues ésta era prácticamente la primera vez que emprendían un asedio en regla, más allá de un simple bloqueo a una plaza fortificada.

Debido al poco tiempo disponible, toda la estrategia hubo de adaptarse al único plan que podría garantizar tomar la plaza en poco tiempo: atacar el fuerte de San Cristóbal y la alcazaba árabe. Si las tropas británicas conseguían hacerse con ésta última, la ciudad caería en su poder casi inmediatamente. Para ello, los esfuerzos debían centrarse en primer lugar en tomar el fuerte de San Cristóbal, desde donde se podía batir con la artillería directamente el interior de la alcazaba –y, en realidad, toda la ciudad–. Los cálculos de Wellington indicaban que desde el fuerte de San Cristóbal no llevaría más de cuatro días conseguir hacer una brecha practicable para la infantería en los muros de la alcazaba, debido a que las murallas en ese sector no habían sido modernizadas, ya que se asumía que un ataque desde esa zona, con el río Guadiana por medio, era prácticamente imposible.

Pero el fuerte de San Cristóbal no iba a ser un objetivo fácil para Wellington. En realidad, sólo había un punto desde el que poder disparar contra el fuerte con ciertas garantías, una colina inmediata en dirección norte. Y allí decidió emplazar Wellington sus baterías (al año siguiente, con ocasión del tercer asedio aliado, habría en esa posición una luneta para impedirlo).

La noche del 31 de mayo de 1811, en el terreno entre el Guadiana y el camino de Talavera se comenzó la excavación de una paralela de 800 metros de longitud (*bb* en el plano de Lamare) comunicada por detrás hacia los campamentos con una trinchera en zigzag, que estaba prácticamente acabada la mañana siguiente. Poco después se terminó la batería que Lamare nombra *k*.

En cuanto al sector del fuerte de San Cristóbal, se construyeron hasta tres baterías. Así, la batería C dirigía sus fuegos tanto contra el fuerte de San Cristóbal como contra la propia alcazaba. La batería G, batía el hornabeque de la Cabeza del Puente, enfilando todo el puente, y trataba de impedir la comunicación entre la ciudad y el fuerte de San Cristóbal. Por último, la batería E batía igualmente el fuerte. Para todos estos ataques a San Cristóbal, Wellington contaba con doce cañones de 24 libras, cuatro de 16 libras, dos obuses de 8 pulgadas y otros dos obuses de 10 pulgadas, utilizados éstos últimos como morteros, al disparar sus proyectiles con un ángulo de 30 grados de elevación.

En este sector del asedio el trabajo de zapa fue aún más penoso, si cabe. La capa de tierra por encima de la roca se reducía a unos pocos centímetros. Desde que Beresford abandonara el asedio previo, el gobernador Philippon había ordenado a sus hombres retirar toda la capa de tierra posible de este sector, para dificultar las futuras excavaciones de los británicos, labor que llevaron a cabo de una forma tan eficiente que, en algunos lugares, los ingenieros británicos se vieron obligados a utilizar incluso barriles de pólvora para excavar la roca en las baterías.

Los británicos, para protegerse en estas condiciones, se vieron obligados a utilizar además gaviones, fajinas y sacos rellenos de lana. La impericia de los atacantes en este tipo de operaciones se demuestra en la decisión de rellenar los gaviones con piedras, que al ser alcanzados por los disparos de los defensores se transformaban en proyectiles mortales.

En el bando defensor de la plaza, el general Phillipon ordenó construir atrincheramientos por detrás de los muros de la Alcazaba, para prevenir la posible escalada, como puede comprobarse en el plano de Lamare.

Finalmente, el día 3 de junio, a las 10 de la mañana, todas las baterías atacantes comenzaron a disparar contra sus objetivos. En palabras del soldado William Wheeler: *«la primera hora la sacudida de los cañones casi nos elevaba del suelo, pero pronto estuvimos tan acostumbrados al ruido, que podíamos dormir tan cómodamente como si estuviéramos en una cama de plumas.»*¹⁸

El historiador Ian Fletcher nos muestra cómo era el procedimiento y el ambiente en una batería de este tipo: *«los cañones de a 24 eran armas inmensas, capaces de lanzar una bola sólida de 24 libras [casi 11 kilogramos] unas 20 veces por hora. Se consideraban las reinas de las armas de asedio. [...] Disparar por la noche estaba considerado un gasto innecesario de munición. Pero también disparar durante un día en calma tenía sus problemas, puesto que era necesario bastante tiempo para que se disipase el humo provocado por un disparo antes de poder cargarse y dispararse la pieza artillera de nuevo. El método para apuntar era 'a ojo', [...] pero un artillero experimentado era capaz de acertar desde una considerable distancia en un objetivo relativamente pequeño, como el área de muro donde se deseaba abrir una brecha. Por otra parte, una brecha se percibía con un tamaño muy pequeño a una distancia de 750 metros, que era la distancia a la que los cañones de la orilla sur del Guadiana estaban disparando.»*¹⁹

Teniendo en cuenta que los artilleros de Wellington no eran de los más experimentados, es fácil deducir que sus proyectiles llegaban a casi todo el interior de la ciudad, matando a numerosos civiles con sus disparos errados, como muestran los libros de difuntos de las diferentes parroquias de la ciudad: «*Estando sentado a la puerta [de su casa en la calle de Peñas, actual Eugenio Hermoso] Antonio Lago, con dos mujeres, vino una bala de los Yngleses y le llevó el brazo derecho, y a las dos mujeres las quedó pegadas a la pared, de lo que no pudo recibir más que la unción, y se enterró en San Andrés.*»²⁰

Pronto se dieron cuenta los británicos de que sus baterías situadas frente a la alcazaba estaban colocadas demasiado lejos de sus objetivos, por lo que los disparos de los cañones no tenían demasiada puntería ni, por tanto, efectividad. Así pues, mediante un ramal a la derecha de la paralela construyeron una nueva batería de brecha, la *M*, más cercana la plaza que las demás de este sector, equipándose con siete grandes cañones de 24 libras.

En San Cristóbal sí había resultados visibles del cañoneo incesante, las brechas que Lamare señala como *F* y *D*. El gobernador Phillipon ordenó preparar los fosos del fuerte ante el más que probable inminente ataque; se limpiaron de escombros y se llenaron de todos los estorbos imaginables: caballos de frisa, carros volcados unos sobre otros, empalizadas, cañones de metralla apuntando al foso, bombas en los muros del fuerte, tres fusiles cargados para cada defensor...

El primer intento de asalto tuvo lugar la noche del 6 al 7 de junio con luna llena, uno más entre los errores cometidos en este asedio, pues la luz de la luna era suficiente para que los defensores divisaran perfectamente a los atacantes. Para el asalto se utilizó la táctica habitual; en primer lugar marchaba un grupo de unos 25 voluntarios como fuerza de choque, los conocidos como *Forlorn Hope*. Al menos la mitad moría en los primeros momentos del asalto, pero significaba la promoción automática para cualquier oficial que regresara con vida de la brecha y los soldados también podían esperar recompensas adecuadas. Detrás de este grupo iba la partida de asalto, unos 180 hombres. El ataque se saldó con un auténtico fracaso de los británicos, pues al final, después de llegar a la brecha con todos los impedimentos... las escalas que transportaban eran demasiado cortas. El resultado es elocuente: un francés muerto por cerca de 40 aliados.

Wellington sabía que le restaban pocos días para intentar tomar la plaza, ya que las tropas de socorro francesas se iban aproximando poco a poco. Así que lo volvió a intentar tres días después en el mismo lugar (y no en la Alcazaba, donde le esperaban lo franceses, que creían que los ataques a San Cristóbal eran una mera distracción). A las 10 de la noche del domingo 9 de junio tuvo lugar el segundo intento de asalto al fuerte de San Cristóbal, con el alférez Dyas encabezando por segunda vez el *Forlorn Hope* (algo inaudito hasta ese momento). En esta ocasión habían alargado las escalas... pero los franceses habían limpiado mejor los fosos, así que de nuevo eran las escalas demasiado cortas. Como dice Wheeler, que también participaba en el *Forlorn Hope* por segunda vez, refiriéndose al gobernador Phillipon: «*el viejo zorro de allí dentro*

era demasiado sabio para nosotros, y, si ello era posible, teníamos un recibimiento más cálido que la vez anterior.»²¹

Ni un sólo soldado aliado había logrado poner el pie en el interior del fuerte en ninguno de los dos intentos de asalto. Y el parte de bajas final también era muy desigual en ambos bandos: 2 heridos franceses por cerca de unos 40 muertos y casi 150 heridos aliados. Tanto el alférez Dyas como el soldado Wheeler sobrevivieron de nuevo a este intento.

Ante su segundo gran revés en cuatro días, teniendo en cuenta las pocas expectativas que le restaban para tomar Badajoz –o, al menos, el fuerte de San Cristóbal– y atisbando la inmediata llegada de las tropas de Marmont y Soult en socorro de la plaza, Wellington tuvo que admitir el fracaso de su plan. Incluso en un despacho datado el 10 de junio, escribió que, en realidad, no se había logrado conseguir una brecha practicable ni en el fuerte ni en la alcazaba, lo que es una forma implícita de reconocer que los dos intentos de asalto no debían haberse llevado a cabo

El día 12 de junio se comenzaron a desmontar todas las baterías de asedio, procediéndose a su transporte hacia la vecina Elvas. Todo lo que no pudo ser trasladado fue destruido, para evitar que cayera en manos francesas. Las tropas de la margen izquierda del Guadiana, con sus pertrechos y provisiones, lentamente se retiraron por el camino de Olivenza y pasaron el río por el puente de barcas construido anteriormente en Juromenha, que también fue desmontado a continuación. Por fin, el día 20 de junio hacían su entrada triunfal en Badajoz, al mando de sus respectivos ejércitos, los dos mariscales franceses: Marmont, duque de Ragusa, y Soult, duque de Dalmacia.

De esta forma terminó el tercer asedio a Badajoz, el segundo de las tropas aliadas, que dejó a los británicos con muchas, muchas ganas de venganza, como se mostraría al año siguiente.

TERCER ASEDIO ALIADO. MARZO-ABRIL DE 1812.

Para el seguimiento de este último asedio a la ciudad de Badajoz utilizaremos dos planos complementarios: el trazado por Manuel Fondós, conservado en el Centro Geográfico del Ejército²² y el incluido por Lamare en su obra, que muestra el detalle del área de las brechas.²³

Durante los meses que transcurrieron entre la retirada aliada de junio de 1811 y el comienzo del último asedio en marzo de 1812, los ocupantes franceses de Badajoz se emplearon febrilmente en mejorar las fortificaciones de prácticamente todo el recinto la plaza, sabedores de que tarde o temprano Wellington volvería a intentarlo.

Pero el general Philippon no se ocupó únicamente de los asuntos militares, sino que ejerció como un auténtico gobernador civil y militar en la ciudad. Durante todo el tiempo que ocupó el cargo de gobernador de Badajoz impuso una férrea justicia para preservar el orden público y castigó severamente no sólo a quienes atacaran a los soldados franceses, sino también a los delincuentes comunes, como ladrones y

salteadores. Así, el día 9 de julio, «falleció un Capitán de Granaderos, en el Real Hospital del Hospicio, que fue muerto [juntamente con su asistente] en el campo por unos cazadores [...] y se enterró en la Catedral en sepultura»²⁴. La respuesta de Philippon fue fulminante: «de resultas de la muerte de estos dos franceses metieron en capilla a estos dos cazadores, que dicen que fueron los agresores de la muerte, y éstos el día 10 del presente mes de julio a las 9 de la mañana fueron puestos en el Campo de San Francisco de rodillas, y arcabuceados por el cerebro. Y por la tarde fueron conducidos en un carro acompañados de una escolta de soldados al paraje donde cometieron el delito, y fueron colgados en un palo para escarmiento de los cazadores»²⁵.

Similar suerte correrían los delincuentes comunes ajusticiados el día 19 de agosto, cuando, «entre [las] 6 y 7 de su tarde, se hizo justicia por los granaderos Ymperiales franceses, arcabuceándolos por atrás, a dos hermanos, llamados el uno Rafael Mayo y el otro Josef Mayo [...], por haber sido hombres facinerosos y ladrones, y habiéndose quedado allí toda aquella noche hasta el día 20 de la mañana, que fuimos a darles sepultura, en el Corralón de San Francisco, teniendo las cabezas ya comidas de perros.»²⁶

El año 1812 había comenzado con el asedio y toma de Ciudad Rodrigo por parte de las tropas de Wellington, facilitada en gran medida por la partida de numerosos efectivos franceses para integrarse en el gran ejército que se dirigía hacia Rusia. Una circunstancia que se produjo por primera vez en esta acción de Ciudad Rodrigo por parte del ejército aliado anglo-portugués fue el saqueo de la ciudad tras el asalto, que no tuvo, sin embargo, la magnitud ni la crueldad de lo sucedido posteriormente en Badajoz. Tras tomar Ciudad Rodrigo, el ejército británico se dirigió hacia el sur con el mayor de los sigilos y, tras pasar el Guadiana el 16 de marzo por un puente de pontones, tomó posiciones en torno a la ciudad.

En esta ocasión, en que además contaba con más tiempo, el ataque de Wellington, se dirigiría no contra San Cristóbal, sino contra sector suroeste de la fortificación, más desprotegido y limpio de minas. Los franceses habían levantado cerca del fuerte de San Cristóbal la luneta o media luna de Werlé, lo que obligaba a situar las baterías de asedio en un emplazamiento aún más lejano, con la consiguiente pérdida de efectividad en los ataques artilleros contra las posiciones francesas.

A partir del 17 de marzo se inició la excavación de trincheras alrededor de La Picuriña, el primer objetivo del asedio. Al día siguiente ya se habían levantado dos baterías dirigidas hacia el fuerte (A y B). Poco después se realizó la mayor salida efectuada por los defensores, que consiguió robar numerosas herramientas de zapa, de las que no andaban sobrados los británicos. Además, colocaron nuevas piezas artilleras en los baluartes y en la alcazaba y derribaron numerosas casas que entorpecían la línea de defensa.

A pesar de estas medidas, los atacantes consiguieron establecer en los días siguientes cuatro nuevas baterías frente a los baluartes de la Trinidad, de San Pedro y frente a la Alcazaba. Son las identificadas en el plano de Fondós como C, F, G y H.

El 25 de marzo por la noche se produjo el asalto y toma de la Picuriña, asalto en el que se reprodujeron los mismos errores de anteriores asedios: escalas demasiado cortas... Una vez tomado el fuerte se abrieron trincheras y ramales para comunicarlo con las trincheras y construir la auténtica batería de brecha (Y), armada, según Fondós, con 15 cañones de 24 libras, que comenzaron a disparar el día 31 de marzo.

Lamare cifra en 4.000 los cañonazos que se dispararon por ambos bandos sólo en ese día. Por su parte, John May da la cifra de casi 32.000 disparos en el asedio para los cañones británicos de 24 y 18 libras.²⁷

Poco a poco entraron en servicio el resto de las baterías de este sector (D, J) y se abandonaron definitivamente las que batían la Alcazaba. Toda la potencia destructiva de la artillería británica se aplicó al objetivo de abrir brechas y hacerlas practicables, es decir, que los soldados pudieran subir con armas y pertrechos a través de la rampa creada por los escombros que caían del muro hacia el foso.

A partir de este momento es necesario seguir con atención el plano incluido en el libro de Lamare, que muestra ampliado el sector atacado (el situado entre los baluartes de Santa María y la Trinidad) y algunos de los artificios preparados por Lamare, como los atrincheramientos, los fosos y cortaduras en las calles... incluso la inundación del foso, que costó numerosas vidas a los británicos.

Pese a que el día 5 de abril ya había dos brechas practicables (*a* y *c* en el plano de Fondós) se resolvió abrir otra más en la cortina que une ambos baluartes, lo que dio aún más tiempo a los franceses para preparar el terreno, así como los retrincheramientos tras las brechas. Lamare indica la posición de la *Hilera de bombas por delante de las brechas*, que explotarían cuando el enemigo estuviera en los fosos para aumentar la destrucción y la confusión entre los británicos. Incluso se dispuso una barca en la inundación para que desde esa posición un pelotón pudiera disparar a los soldados que intentaran acceder a la brecha de ese baluarte. Además, *«minas y barriles explosivos plantados al pie de la contraescarpa y conectados con la muralla mediante mechas de pólvora cubiertas; en el fondo del foso, y al pie de las brechas, había toda clase de obstáculos grandes y molestos, como carros volcados al revés, varios grandes botes dañados, algunas marañas de cuerdas y montones de gaviones y fajinas rotos; las pendientes de las brechas habían sido sembradas de abrojos, cubiertas con vigas tachonadas de clavos (pero no fijadas, sino colgando suspendidas de cuerdas desde el ‘labio’ –el extremo superior– de la brecha), y se habían plantado en ellas gradas y puertas tachonadas con escarpías. Y en lo más alto de cada brecha había caballos de frisia, contruidos con hojas de sable de caballería hincados en vigas, y encadenados por sus extremos.»*²⁸

Es en este momento del asedio cuando se hacen los mayores reproches a Wellington. Sus ingenieros y artilleros *olvidaron* destruir la contraescarpa en la zona de las brechas y, sobre todo, no exigió la rendición de la plaza, como exigían las «reglas de la Guerra» imperantes en la época. Se evitaban así inútiles derramamientos de sangre y se ofrecía una rendición en términos honorables para los defensores. Por otra parte, si una guarnición se negaba a dicha rendición, renunciaba simultáneamente a cualquier



Fondós - Plan de la plaza de Badajoz. CGE.

posibilidad de clemencia en caso de ser derrotados. Se trataba de una forma de economizar recursos, principalmente humanos, por ambos bandos y de ofrecer una salida digna a los defensores, de acuerdo con la concepción del honor militar imperante en la época. Los historiadores franceses atribuyen esta postura de Wellington al orgullo herido por los asedios fallidos del año anterior.

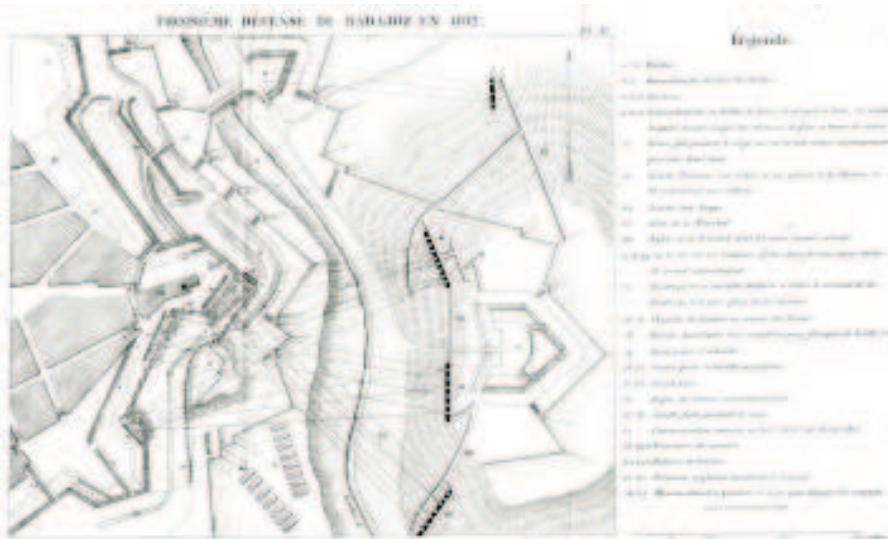
Así pues, las tropas de Wellington se vieron abocadas a intentar tomar al asalto una fortificación que, a pesar de las tres brechas practicables, se encontraba en un más que razonable estado de defensa. El plan trazado por Wellington es que hubiera tentativas en varias zonas de la plaza que sirvieran de distracción del ataque principal. Así, la 3ª División de Picton atacaría la Alcazaba, mientras la 5ª División de Leight y Walker haría lo mismo con Pardaleras y el baluarte de San Vicente. Las brechas serían territorio de la 4ª División de Colville y de la División Ligera de Barnard, que tras escalar las brechas intentarían abrir las puertas de la Trinidad y el Pilar, respectivamente.

La noche del día 6 de abril se produjo el intento de asalto de Badajoz por parte de las tropas británicas. Pese a lo que pudiera parecer, se trataba de un espectáculo seguido por numeroso público situado en las colinas de los alrededores.

El asalto a las brechas se convirtió en una auténtica carnicería. Según algunas fuentes se produjeron hasta 40 intentos de acercarse a las brechas, todos fallidos, y sólo un soldado consiguió alcanzar la cima de las brechas, para quedar ensartado en un caballo de frisa.

Wellington incluso llegó a dar la orden de retirada ante la evidencia del desastre y la magnitud de las pérdidas, cuando le llegaron noticias de los progresos de la 3ª División de Picton en la alcazaba y de la 5ª de Walker en el baluarte de San Vicente.

Como bien indica Gregorio Torres, *«Todo había salido al revés de cómo se había planeado. Mas que su táctica, había sido la valentía de sus hombres la que había puesto a la fortuna del lado británico.»*²⁹



Houbloup - Troisième défense de Badajoz. 4 Gatos.

Finalmente, con las tropas británicas atacando la retaguardia de las brechas, la situación francesa fue insostenible y el gobernador Phillipon decidió retirarse hacia el fuerte de San Cristóbal, donde acabaría por rendirse durante la madrugada

Las bajas del bando defensor de la ciudad fueron de 1.500 entre muertos y heridos, además de casi 3.500 prisioneros. Los rendidos franceses fueron relativamente bien tratados, pero los españoles bonapartistas fueron fusilados casi de inmediato por traidores. En el bando luso-británico las bajas fueron aún mayores. Unos 3.500 hombres entre muertos y heridos solo aquella noche.

De esta forma sangrienta terminó el cuarto y último asedio a Badajoz, que tuvo su cruel epílogo en el intenso y violento saqueo a que fue sometida la ciudad por parte de los soldados británicos. Un solo testimonio, de entre los numerosos que nos han legado los testigos de aquellos hechos, puede servirnos para hacernos una idea de la magnitud de los desmanes: *«Las tiendas eran saqueadas primero por un grupo, que las despojaban de sus artículos más valiosos, después por otro grupo, que se tenían por ricos al poseer lo que habían rechazado sus predecesores, después por otro grupo y aún por otro, hasta que desaparecía cualquier vestigio. [...] Cada insulto, cada infamia con que la invención humana haya torturado fue puesta en práctica. Ni la vejez ni la juventud fue respetada, y quizás ni una sola casa ni una sola mujer escapó sin daño alguno. Pero la guerra es una terrible maquinaria que, una vez puesta en marcha, es imposible calcular cuándo o dónde parará»*³⁰. Donaldson, también testigo de los sucesos, aclara quiénes fueron los que realizaron los peores actos: *«no fue el caso general, y la mayoría de las veces fueron perpetradas por villanos a sangre fría, que se habían colocado bien detrás durante el ataque. Muchos arriesgaron sus vidas protegiendo a indefensas mujeres y, a pesar de ser un lugar muy peligroso para que un oficial apareciera, vi a muchos correr grandes riesgos para evitar inhumanidades.»*³¹

Además, prácticamente todos los testimonios apuntan a la presencia de civiles españoles y portugueses en el pillaje: *«Aquellos rufianes, principalmente españoles o portugueses, de ninguna forma relacionados con nuestro ejército, eran infinitamente más peligrosos que nuestros camaradas, siendo éstos malos.»*³²

Poco a poco, y tras dos días de saqueo sistemático a la ciudad, los soldados británicos fueron retirándose hacia sus campamentos, aunque no tanto por haberse restablecido el orden en la ciudad como por puro cansancio tras dos jornadas de borrachera y violencia continua.

Éste fue el devastador final del último asedio a la ciudad de Badajoz durante la Guerra de la Independencia de España, el más sangriento y dañino de todos ellos.

CONCLUSIÓN

En nuestra opinión, ha llegado el momento de dedicar un sencillo recuerdo a cuantos hombres dieron la vida por Badajoz, del bando que fueran. Españoles, franceses, británicos, portugueses, alemanes y de otras nacionalidades pelearon y dieron su vida

por esta ciudad, por conquistarla o defenderla, cumpliendo con su deber, casi siempre lejos de su tierra de nacimiento. Y esta ciudad les debe un homenaje más allá de la censura que pueda hacerse al comportamiento de los vivos tras las conquistas o durante la dominación. Desde estas líneas reclamamos un pequeño símbolo para todos ellos, en forma de estatua, monolito o monumento.

Para el general Rafael Menacho, gaditano que dio su vida defendiendo la ciudad, pero también para el joven teniente canadiense Francis Simcoe, de 20 años de edad, que murió liderando uno de los grupos de asalto en las brechas de Santa María en 1812. Y también para los soldados españoles al servicio del rey José Bonaparte, fusilados inmediatamente tras la toma de Badajoz (uno de ellos, el artillero español Fariñas, como cuenta Lamare en su obra, conociendo a sus compatriotas, y lo que le esperaba, se colocó delante de un mortero y le dio fuego, pereciendo con un coraje estoico). Y para los capitanes franceses Durand, del 34º, y Wallave, muertos durante una salida contra las baterías artilleras en el transcurso del primer asedio británico de 1811, enterrados en la Catedral de Badajoz. Y para...

Todos ellos merecen ser recordados por esta ciudad. Y ya ha llegado el momento de hacerlo.

NOTAS

- 1 BONET CORREA, A: *Cartografía Militar de Plazas Fuertes y Ciudades Españolas, siglos XVII-XIX*, Madrid, Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, 1991.p. XLI.
- 2 MAQUIAVELO: *The Chief Works and Others*, trans. Allan Gilbert, Durham, Duke University Press, 1965, Vol. 1, pag. 51. Maquiavelo también trató la necesidad de una regla para los mapas en el capítulo 14 de *El Príncipe*.
- 3 *Posición y movimientos de las tropas en la batalla de Santa Engracia*. Archivo Militar de Madrid (Instituto de Historia y Cultura Militar). Guerra de Independencia. Leg.4, carpeta 1, documento 17.
Account of the defeat of the Spaniards at Badajos on River Gudiana, with plan showing army positions etc. Hampshire Record Office. Signatura 38M49/6/13/24.
- 4 BONET CORREA, A.: *Op. cit.*, Pags XL-XLI.
- 5 DEL VALLE, Domingo Luis. *Plano de la plaza de Badajos y sus contornos con anotación de las obras que se ejecutan y proponen en 24 de agosto de 1812*. Archivo Cartográfico y de Estudios Geográficos del Centro Geográfico del Ejército. Ministerio de Defensa. Signatura: Extremadura 167.
- 6 *Levé des Ouvrages dependans du Château d'Alange*. Servicio Histórico de la Defensa del Ejército de Tierra de Francia. Signatura: 6M L12 B3 5 (2) (Alanje);

- Plan d'Olivença et de ses environs*. Servicio Histórico de la Defensa del Ejército de Tierra de Francia. Signatura: 6 M L12 B3 441 (3).
- 7 Incluido dentro del libro: LAMARE, Jean Baptiste. *Relation des sièges et défenses de Badajoz, d'Olivença et de Campo-Major, en 1811 et 1812, par les troupes françaises de l'armée du midi en Espagne* [Relación de los asedios y defensas de Badajoz, de Olivenza y de Campo Mayor, en 1811 y 1812, por las tropas francesas del ejército del Mediodía en España]. Paris, Chez Anselin, Librairie pour l'art militaire, 1837.
 - 8 YNZA, Manuel de. *Plano de la Plaza de Badaxoz y ataque ejecutado por el Ejército Ymperial en 1811*. Archivo Cartográfico y de Estudios Geográficos del Centro Geográfico del Ejército. Ministerio de Defensa. Signatura: Extremadura 161.
 - 9 Anónimo. *Plan du Siège de Badajoz par l'Armée Française du Midi en 1811* [Plano del asedio de Badajoz por el ejército francés del Mediodía en 1811]. Biblioteca Nacional de Francia. Signatura: BnF DCP Ge C 9804
 - 10 BARRIÈRE, A. *Plan du Siège de Badajoz par l'Armée Française du Midi en 1811*. Plancha nº 13 del atlas que acompaña a la obra de BELMAS, J.V.: *Journaux des sièges faits ou soutenus par les Français dans la péninsule, de 1807 à 1814: rédigés, d'après les ordres du Gouvernement, sur les documents existant aux Archives de la guerre et au Dépôt des fortifications*. Paris, F. Divot, 1836-1837
 - 11 LAMARE, General: *Op. cit.*, p. 66.
 - 12 «*Antecedentes relativos a la capitulación de la plaza de Badajoz a los franceses*». Archivo General Militar de Madrid (Instituto de Historia y Cultura Militar). Guerra de Independencia. Leg.4, carpetas 6 y 7. Documento 42. pág. 5.
 - 13 *Íbidem*. pág. 3.
 - 14 CAAMAÑO Y PARDO, J.: *Papel formado de los acontecimientos en la defensa de Badajoz por el Comandante de Artillería de esta plaza en el sitio que le pusieron los franceses en 1811*. Biblioteca Central Militar de Madrid. Signatura: SH. 1810/10. Fol. 9.
 - 15 «*8 de abril de 1811. Crítica reservada para guardarse*». Archivo General Militar de Madrid (Instituto de Historia y Cultura Militar). Guerra de Independencia. Leg.4, carpetas 6 y 7. Documento nº 8. pág. 1.
 - 16 LAMARE, General: *Op. cit.*, pág. 112.
 - 17 *Íbidem*, pág. 124.
 - 18 LIDDELL HART, B.H. (ed.): *The letters of Private Wheeler 1809-1828*. Gloucestershire, The Windrush Press, 1997. pág. 59.
 - 19 FLETCHER, I.: *Bloody Albuera. The 1811 Campaign in the Peninsula*. Wiltshire, The Crowood Press, 2000. pág 108.

- 20 Badajoz. Parroquia de San Andrés Apóstol. Libro de defunciones nº 12 (1812-1833). Fol. 8v. 10 de junio de 1811
- 21 LIDDELL HART, B.H. (ed.) *Op. cit.*, pág. 62.
- 22 FONDÓS, Manuel. *Plan de la plaza de Badajoz con los ataques hechos por las Tropas Aliadas en el último sitio*. Archivo Cartográfico y de Estudios Geográficos del Centro Geográfico del Ejército. Ministerio de Defensa. Signatura: Extremadura 164.
- 23 HOUBLOUP, I. *Troisième défense de Badajoz en 1812* [Tercera defensa de Badajoz]. Incluido dentro del libro: LAMARE, Jean Baptiste. *Op. cit.*
- 24 Badajoz. Parroquia de San Andrés Apóstol. Libro de defunciones nº 12 (1812-1833). Fol. 11r. 9 de julio de 1811.
- 25 *Íbidem*. Fol. 11r y 12v. 10 de julio de 1811.
- 26 *Íbidem*. Fol. 15r. 19 de agosto de 1811.
- 27 MAY, Sir John , *A few observations on the mode of attack, and employment of the heavy artillery*, s.f. (edición facsímil de la de 1819).
- 28 HERRERO PÉREZ, José Vicente. «La Guerra de Fortalezas en el periodo Napoleónico (1796-1815)». En: *Revista de Historia Militar*. Madrid, Instituto de Historia y Cultura Militar, Nº 91 (2001). pág. 147.
- 29 TORRES GALLEGO, G. Badajoz en la Guerra de la Independencia. Historia del sitio de 1812 y aproximación al papel desempeñado por los artilleros. En: *IV Jornadas Artilleras en Extremadura*. Badajoz, Fundación Santa Bárbara y Santa Eulalia, 2005. p. 156.
- 30 GRATTAN, William: *Adventures of the Connaught Rangers from 1808 to 1814*. Londres, Colburn, 1847. Vol II, pág. 5.
- 31 DONALDSON, Joseph: *Recollections of an Eventful Life: Chiefly Passed in the Army*. Filadelfia, Zieber, 1845. pág. 159.
- 32 GRATTAN, W.: *Op.cit.*, Vol II, págs. 3-8.